

NIKOS KAZANTZAKIS Y LA LIBERTAD

por
IRIS M. ZAVALA

A P. Prévélakis,
con admiración.

El escritor contemporáneo está empeñado con su patria y con el hombre en la lucha por la libertad. Sin embargo, pocos han tenido la "obsesión de la libertad" del escritor griego Nikos Kazantzakis.¹ Su obra es una lección de independencia, incluso de desprecio por todo lo que crea lazos de adhesión, y, sobre todo, afirma el sacrificio personal de la propia felicidad humana. Concibe la vida como una dedicación constante a lo espiritual. Posiblemente donde mejor ha resumido sus creencias es en su epitafio que él mismo escribió:

*No espero nada.
No creo nada.
Soy libre.*²

Kazantzakis es el artista mesiánico. Con voz potente insta al hombre a recogerse y volver a las raíces de su existencia. Su amigo Antonio Ghika, artista que ilustró su poema épico *La Odisea*, señala: "Creo que Kazantzakis, conocedor de que lo apolíneo *no se hereda gratuitamente* (el subra-

¹ Nikos Kazantzakis nació en Creta en 1883 y murió en Alemania en 1957. Estudió Derecho en Atenas y más tarde Filosofía en Francia, con Bergson. Viajó extensamente por Egipto, Palestina, China, Rusia, Japón, Europa. Su primer trabajo literario fue sobre su profesor Bergson, y otro sobre Nietzsche. Después de haber escrito múltiples poemas y dramas, y cuando ya se le consideraba un escritor agotado, publicó su primera novela *La serpiente y el lirio* (1906), muy influido por D'Annunzio. Además de las novelas que mencionaremos a través del texto, escribió varias obras de viaje, en las cuales incluye además de la psicología de los pueblos, paisaje, héroes, una gran cantidad de ideas filosóficas. Al morir dejó varios libros inéditos, entre ellos uno sobre el Greco. (Recientemente traducido al inglés.)

Para este trabajo hemos utilizado principalmente las *Obras Selectas* que publicó la Editorial Planeta en España en 1960 (dos tomos). De ahora en adelante sólo daré el tomo y la página.

Se ha estudiado muy poco a este escritor, quizá lo mejor que ha salido hasta la fecha es el libro de Pandelis Prévélakis, *Nikos Kazantzakis and his Odyssey*, Simon and Schuster, New York, 1961; los artículos de Kimon Friar y sobre todo la introducción que hace a *The Odyssey. A Modern Sequel*, Simon and Schuster, N. Y., 1961. Poco más se ha escrito: Engelbert, Jo Ann, "A Sancho for Saint Francis", *Hispania*, XLVI, 287-89; Hatzantonis, Emmanuel, "Don Quijote's After-Image in Kazantzakis Odyssey", *Hispania*, *ibid.*, pp. 283-86, y reseñas a las varias novelas que se han traducido al inglés, entre otros.

² OS, I, p. 124.

yado es mío), sabía que no era libre, pero debía luchar para serlo, por el valor mismo de la lucha; tal es el espíritu prometeico".³

Es decir, Kazantzakis tiene el espíritu del hombre lúcido, que no espera nada, sino la libertad. Sólo desde este supuesto tiene sentido Dios:

Por encima de estas terrazas de barro y de esta apestante masa humana, Dios estalla como una monstruosa flor de cactus joven, sensual e implacable, succionando y despreciando a sus raíces de fango: hombres y terrazas. El hombre extenuado, que se arrastra por el polvo, alza los ojos, le ve y sonríe. No es Dios; es el gusano que se ha convertido en mariposa. (*Toda-Raba.*)⁴

La esencia de Dios es la libertad. Pero una libertad sin esperanza. No podemos esperar nada: el aceptarlo con alegría trágica significa vida auténtica. La gran virtud del hombre no radica en ser libre, sino en luchar inmisericorde por su libertad personal: "Vivimos una época de transición; es muy interesante, pero muy ingrata. Casi no tenemos presente; nuestro espíritu no comprende sino el pasado; nuestro corazón no aspira sino al porvenir. Somos, amigos míos, una especie intermedia, transitoria, de pitecantropos destinados a morir sin dejar huella. De ahí que muchos de nuestros artistas nada hayan comprendido y deseen expresar el alma joven con viejos símbolos; los otros han comprendido, pero no han encontrado todavía la nueva forma. ¿Cuál es nuestro deber? Preparar el camino a la nueva especie estable, ayudarla con nuestra angustia y nuestras búsquedas. Nuestro destino consiste en trabajar y desaparecer". (*Toda-Raba*, p. 59.)

Y Ulises dirá una y otra vez que el deber del hombre en la tierra es luchar contra su destino sin tregua; ésta es la única forma de ir más allá del propio Dios. El hombre puede dormir el sueño de los justos sólo cuando ha "cumplido su deber".

Quizá donde más claramente subraye sus ideas sea en el ensayo *Ascesis* (traducido al inglés con el título de *The Saviors of God*), que escribió en Berlín de 1922 a 1923, y que se publicó más tarde en Grecia (1927). Cada página de este libro de ejercicios es un poema dirigido a sus héroes: Homero, Dante, Shakespeare, Nietzsche, Moisés, Mahoma, Buda, Genghis Khan, Lenin, Santa Teresa, Cervantes, Leonardo y El Greco. El orden de este libro —que no podemos considerar ni exactamente filosófico ni exactamente artístico— es el siguiente: La Preparación, La Marcha, La Visión, La Acción, El Silencio y, finalmente, El

³ "Nikos Kazantzakis y nuestro tiempo", *La Nación*, Buenos Aires, 8 de diciembre de 1963.

⁴ *Op. cit.*, p. 69.

Credo. Cada uno de los héroes de la humanidad le dio fuerza y preservó su fiebre creadora en los momentos de desesperación y lucha. Cada uno de estos espíritus llenaba su celda de monje laico, y a cada uno de sus hogares hizo el poeta griego su peregrinación: Florencia, Avila, Toledo, India, Jerusalén. . .

Estos ejercicios señalan que el hombre tiene tres deberes: el primero es hacia la razón, que impone orden, formula leyes, tiende puentes sobre el abismo y crea fronteras racionales que el hombre no se atreve a traspasar. El segundo es con el corazón, el sentimiento, que no admite fronteras, y cuya vocación es la fusión más allá del cuerpo y el espíritu. Como tercer deber la liberación de la razón y el sentimiento. Liberarse de la tentación de la esperanza que le ofrece al hombre la posibilidad de encontrar la esencia de las cosas. Dialéctica trágicamente lúcida. Para Kazantzakis el hombre es tanto más hombre cuanto más estrecho sea el abrazo con el abismo, y pueda mirar más allá de la muerte y la vida. Donde muere la muerte, donde aniquila la muerte, ahí radica su libertad. Y así lo dice: "Inclusive yo, un hombre, puedo colaborar con aquel que no es mortal. De esta manera mi espíritu alcanzará la inmortalidad. Esta armonía, que no es pasiva en absoluto, sino por el contrario una búsqueda constante y una lucha con fuerzas antitéticas, es para mí la única salvación y redención". (Cf. *The Odissey*, la introducción de Kimon Friar.)

La toma de conciencia y el análisis reflexivo que esto significa le permiten al hombre comenzar su peregrinación. El primer camino es el del "enmismamiento" hacia las profundidades del ser, para descubrir que es Dios quien lucha dentro de nosotros mismos. En este primer encuentro el hombre libera a Dios. Con el primer camino viene el primer mandato: el hombre debe responsabilizarse por el universo entero, ser un universo dentro del cosmos, porque cuando muere, todo desaparece. La muerte es la gran destructora. El segundo itinerario es dentro de los orígenes raciales. El tercero, más allá de su raza, hacia toda la humanidad, en un compadecer la agonía de los demás hombres.

La auto-reflexión es movimiento *ad-extra*. El hombre debe proponerse entonces liberar a Dios en los demás hombres.⁵ El cuarto viaje es más allá de la humanidad. Este hombre lúcido, que no espera nada, desea ahora fundirse con la tierra, las piedras, el mar, las plantas, los animales,

⁵ Unamuno había dicho lo mismo al hablar de *¡Adentro!*, y del *aforamiento*. No pretendo decir que Unamuno influya en Kazantzakis, aunque es indiscutible que el griego leyó al español y que hay más de una semejanza entre ambos. Si leemos *La última tentación*, por ejemplo, veremos que la novela de Kazantzakis corresponde en una gran medida al poema *El Cristo de Velázquez* (la idea de luz y tinieblas, el Cristo abandonado, etc.). Pero, demasiado a menudo la crítica depende de precisar influencias o resonancias. ¿No puede ser más bien afinidad? . . .

los insectos. Todo lo animado y lo inanimado. La fusión se realiza con todo lo creado, con el *élan vital* presente en todo fenómeno.

Este es el espíritu mesiánico que encontró escape en el Libro XIV de *La Odisea*, en el Manolios de *Cristo nuevamente crucificado*, el Jesús de *La última tentación*, el San Francisco de *El pobre de Asís*, etc. En el orden de libertad social (aunque en Kazantzakis es casi imposible la dicotomía de lo social y lo religioso), el espíritu mesiánico lo posee el Capetán Miguel de *Libertad o Muerte* e incluso Alexis Zorba, de la novela del mismo nombre.

Soy escritor, pero mi arte obedece a una idea mística. Todo hombre es un Hijo efímero que en sí contiene al Padre eterno. El fin del arte es el de poder encontrar y expresar por un cuerpo visible, por el Hijo, el invisible soplo del Padre. Si el hombre sólo consigue aprehender y expresar al Hijo, no crea más que una obra de arte superficial; si sólo expresa ideas abstractas, al Padre únicamente, cesa de hacer arte, hace metafísica. El esfuerzo de captar por medio del Verbo la esencia inmortal que vive en nosotros, es magia. He aquí por qué el arte es una ciencia misteriosa: una verdadera teurgia.

(*Toda-Raba*, pp. 105-106.)

Este es el hombre-dios, hecho inmortal en pugna abierta con el mundo. Pero, ¿y la patria? Hemos visto que si bien el primer itinerario es caminar hacia adentro, buscando liberar a Dios, el segundo es una búsqueda de los orígenes propios. De la patria y de su ascendencia este nuevo hombre acepta lo que quiere, y lo proyecta fuera de sí, en proyección ideal. De ahí que los personajes novelescos de Kazantzakis sean inmortales. En un artículo que publicó el periódico francés *Arts* (5 de junio de 1957), le pregunta el periodista Pierre Sipriot a Kazantzakis si sus novelas, en especial *Libertad o Muerte*, son una tentativa de darle a los griegos la oportunidad de descubrir su destino. A lo que contesta el escritor:

Le peuple grec est un peuple martyr, d'autant plus que le besoin de la liberté, est pour lui aussi impérieux que le pain. . . Ces Crétois, ce *morituri* pour la liberté, sont tellement familiarisés avec la mort, qu'ils ne la craignent plus; ils ont tant souffert pendant les siècles, ils ont tant des fois constaté que la mort même ne peut pas les abattre, qu'ils ont arrivé a cette constatation paradoxale et sublime, où arrivent les âmes des grands combattants: que la mort est indispensable pour le triomphe de leur idéal, qu'au sommet du désespoir commence la salut.

Desde esta visión de Creta construye Kazantzakis, de ahí que su obra sea toda una épica, y cada personaje un inmortal. Luchando por su libertad, y por la liberación de su patria, estos cretenses alcanzan su deificación. Kazantzakis ama su patria, la inventa, si es preciso. Desde luego que tuvo terreno fértil —es Creta, la del Minotauro, la que no tiene origen preciso.

Entre las cosas que más ama el poeta de su tierra son sus hombres-dioses (guerreros infatigables), y la lengua. En su poema épico de más de 33,333 versos, hay más de dos mil palabras desconocidas por los lingüistas —lengua viva, que extrajo de las bocas de los pescadores, pastores y campesinos griegos. De sus bocas sorbió Kazantzakis el espíritu de su lengua—. ⁶ El respeto que siente por el lenguaje sale a relucir una y otra vez en su obra:

La palabra atrae y cautiva al soplo invisible, le obliga a adquirir cuerpo y a mostrarse ante el hombre. *Sitkva*, la palabra, el Verbo, significa al mismo tiempo, en georgiano: toma y coito. El Verbo debe coger, subyugar, preñar la materia. Adán conoció a la mujer; así el Verbo debe conocer la Materia.

(*Toda-Raba*, p. 106.)

Es curioso el hecho de que Kazantzakis cortase la acentuación impuesta al griego por los estudiosos bizantinos, manteniendo únicamente el acento agudo para algunas sílabas, como es el caso del español. De aquí tal vez el amor que sintió el escritor por nuestro idioma. En una de las cartas que veremos más adelante, nos habla de esta preferencia.

El amor por la lengua lo llevó al estudio de varios idiomas, y tradujo muchas de las más grandes obras de la literatura universal al griego moderno: *La Divina Comedia*, el *Fausto*, *La Ilíada*, *La Odisea*. Conoció y meditó los problemas filosóficos. Esto, a mi modo de ver, no nos permite acercarnos a Kazantzakis de la misma forma que lo hacemos a otros escritores. Sería absurdo comenzar a trazar influencias. Su obra total y, sobre todo, su poema épico, es una depuración de lo mejor de todas las literaturas. Utiliza de cada género y de cada autor lo mejor que hay. La picaresca le hace tomar la vida en su inmediatez, la literatura española lo enfrenta a la *meditatio mortis* que la configura. Hay algo de Shakespeare, algo de espíritu fáustico, de imaginación dantesca, mucho de amplitud épica. Kazantzakis, con espíritu agudamente crítico, ha estudiado y meditado profundamente lo mejor del pensamiento humano, y ha sabido utilizar las mejores notas de cada una de estas expresiones. De ahí que pueda decir:

⁶ Cf. la introducción de Kimon Friar ya citada.

Bien sabes, Panteli, que mi jefe no es ninguno de los tres jefes de las almas humanas: ni Fausto, ni Hamlet, ni don Quijote, sino Ulises. En su velero vine a la URSS. No poseo la sed insaciable de la inteligencia occidental, ni vacilo entre el sí y el no para llegar a la inmovilidad, ni me domina el ridículo y sublime impulso del noble luchador de los molinos de viento. Soy un marino de Ulises, un corazón ardiente, un espíritu despiadado y lúcido; pero no del Ulises que regresa a Itaca, sino del otro, que ha regresado, ha matado a sus enemigos y, sintiéndose ahogado en su patria, un buen día se ha vuelto a marchar.

(*Toda-Raba*, p. 109.)

La recreación de lo más grande del espíritu occidental la obtiene a través de su gran poema épico. ¿Nuevo Homero? ¡No! Este Ulises es el nuevo espíritu griego —un elemento pan-helénico, supra-helénico tal vez— recreación a la Kazantzakis de lo más excelso que ha producido el hombre. Como le dijo a un joven intelectual: "La labor de los historiadores de literatura viene cuando el artista ha muerto. Con cintas de medir toman medidas y construyen leyes para su ciencia, leyes totalmente inútiles para el creador, porque solamente él tiene el derecho y la fuerza —y éste es el profundo significado del término creación— de romperlas todas creando nuevas". De ahí que tanto Ulises como su autor (Kazantzakis es un personaje de Kazantzakis) venzan la muerte. El viaje, que finaliza con la muerte, los encuentra en actitud vertical —vencedores, jamás vencidos, porque su ley de vida ha sido la intensidad:

Desde el día que perdí toda esperanza, Capetán Polyxinguis —continuó el Capetán Miguel como delirando—, me parece, lo juro por la tierra que pisamos, me parece que soy inmortal. ¿Qué es lo que puede ya tocarme? La muerte no puede nada contra mí. Aunque Turquía entera viniese a sitiarme, no tendría miedo.

(*Libertad o Muerte*, p. 1428.)

No temen nada porque "Yo no tengo necesidad de ver ni de tocar la libertad para sentirme libre. Yo soy libre en el corazón mismo de la esclavitud. Yo gozo de la libertad siglos antes de que llegue. Y moriré libre porque he luchado toda mi vida por ella" (*Ibid.*, p. 1250). Pero, quizá sea el Libro XXIII de *La Odisea* el más claro exponente de esta inmortalidad: solamente el hombre que ha vivido intensamente y a plenitud, resiste la muerte. Este hombre ha dilapidado lo que le iba a dejar a la

muerte, sólo quedan ahora "trampled fires, embers, ash and fleshly dross" (pp. 714-715).

La Odisea está escrita en 24 rapsodias, un libro por cada letra del alfabeto griego. Los títulos de los poemas no los creó el propio poeta, sino su traductor y amigo Kimon Friar. El profesor W. B. Stanford señala en su libro *The Ulysses Theme*, Oxford, 1954, que las influencias más directas de Kazantzakis son el Canto XXIV del *Infierno* de Dante y el poema sobre Ulises de Tennyson, escrito en 1833.

Quizá la influencia más notable sea la de Nietzsche, pero, desde luego, la influencia del filósofo alemán no se da únicamente en el poema. Podríamos decir que toda la obra del griego está inflamada por la pasión del gran solitario alemán. Otros espíritus y corrientes occidentales se infiltraron en Kazantzakis: Bergson, William James, el marxismo, las teorías históricas de Spengler. Al final triunfó la idea del nihilismo dionisiaco, que impera en su poema. Es curioso, pero el poeta considera *La Odisea* su obra principal. El poema lo salvaría del olvido o mediante él se hundiría en la historia. *La Odisea* es, pues, obra de salvación. Sus restantes creaciones —novelas, teatro, ensayo— fueron "obras secundarias". Su pasión de vida, el amor a la acción, la intensidad son las notas del poema. Los libros restantes son a manera de preparación para esta gran obra. Todas ellas salvaron a su autor, y con estos elementos quiere el poeta griego salvar al hombre.

A través de su vida le llamaron poderosamente la atención Buda y Cristo. A Cristo le dedica dos libros y una obra de teatro —*Cristo nuevamente crucificado*, *La última tentación* y el drama *Cristo* (1948, 1951 y 1928 respectivamente)—. Otro personaje que lo conmovió fue San Francisco, que le inspiró su *Pobre de Asís* (1953), extraordinaria y potente novela que destaca la lucha de la carne y el espíritu, lucha que entabló el propio Kazantzakis en el fondo de su propia conciencia. De ahí sus palabras: "No amo al hombre sino la llama que lo consume". San Francisco es toda una llama que arde por Dios. Este San Francisco se consume de amor por Clara, y sueña sueños impúdicos. A punto de besar un leproso, siente asco de la carne tumefacta. Dios lo persigue y no le da tregua. Pero, él también dice:

Cuando Dios le abra los brazos y le diga: "¡Ven!" ¿Por qué crees tú que el corazón grita "¡No!"... para desembarazarse más rápidamente de ellas... (p. 174)

Dios es un abismo, y el pobre de Asís el maniquí que baila y bate las palmas: "Hermano León, hermano León, sufro".

No obstante, el gran personaje de sus novelas es Grecia, pero la Grecia que describe es la del imperio bizantino y, sobre todo, la de las guerras de liberación. Su grandeza no radica en la descripción de paisaje, sino en la potencia de su llamamiento a la libertad del hombre. Su nacionalismo es profundamente religioso. Kazantzakis todo lo concibe desde una perspectiva religiosa.

He señalado ya la importancia de sus *Ejercicios*, quizá la más clara exposición de su pensamiento. No hay mejor comentario a su problemática que este ensayo. Kazantzakis piensa el mundo por etapas. A sus ojos el cristianismo, el budismo, el comunismo, son etapas del desarrollo del hombre. El silencio constituye el último grado:

1. Una flama única: el alma humana como un pájaro de fuego que salta de cima en cima, y nada puede consumir este fuego.

2. El árbol de fuego se convierte en totalidad. El fruto del fuego es la luz.

3. En lo alto de la cima hay una línea roja que avanza a través del cerebro.

4. Yo, raza, hombre, tierra, visión y acto: Dios. Todo esto como manifestaciones del cerebro, válido para los corazones sencillos que tienen miedo de sí mismos.

5. ¿Hacia dónde vamos?, ¿qué sentido tiene la vida?, éstas son las interrogantes.

6. Y un fuego se eleva en mí para responder. El fuego vendrá seguramente un día para cubrir la tierra.

7. El alma es una flama: un día todo será solamente brasa ardiente.

8. El fuego es la primera y última máscara de Dios. El hombre baile entre dos brasas.

Vemos aquí el mito primitivo: la lucha entre la luz y las tinieblas, entre el espíritu y la materia. Este es el misterio de la obra de Kazantzakis, sobre todo de *La última tentación*: Cristo herético, antiteológico. Cristo es lucha y victoria: "triunfó el irresistible encanto de las sencillas alegrías humanas; triunfó la tentación; transformaba incesantemente la carne en espíritu y perseguía su ascensión, llegó a la cima del Gólgota, subió a la Cruz".

En el prólogo al libro vemos el dualismo que animó su vida: "amaba mi cuerpo y no deseaba que se perdiera; amaba mi alma y no quería verla

envilecida". El libro es un potente testimonio de la naturaleza humana de Cristo (un Cristo que rehúsa su divinidad, inconsciente de su naturaleza divina). La luz o las tinieblas. Siempre idéntica respuesta: "Dios o el Demonio, ¿quién puede reconocerlo? Intercambian sus rostros y ya Dios se transforma en tinieblas, ya el demonio en luz, de suerte que el espíritu del hombre se confunde".

La etapa de *La Odisea* es la última. La profesión de fe termina: "Bienaventurados los que llevan en sus espaldas la más grande responsabilidad". Ulises busca un *no ser*, una vida más allá del bien y del mal. Kazantzakis trabajó en el poema durante doce años. Tal vez algún lector pueda pensar que el poema es pesimista e impío, pero si observamos atentamente veremos que sus personajes, al igual que el poeta, están llenos de vida. Tanto ama al hombre, que cree que es él quien colabora con Dios. Kazantzakis hombre, como sus personajes, no acepta la rendición.

El camino que ha seguido se puede trazar con facilidad. En *Alexis Zorba*, budismo y comunismo; *Toda-Raba*, comunismo, pero, poco a poco agota el budismo y tiende hacia un supercristianismo, de ahí que considere que el Cristo auténtico jamás cesa de ser crucificado. Cristo está en vías de crucifixión constantemente: en el Pope, con Manolios, etc.

En *La última tentación* crea el super-Cristo, pero un Cristo que rehúye su vocación de Mesías. Cristianismo paroxístico. El final de la novela contiene las palabras más audaces que dijo —son la libertad verdadera, la libertad del hombre que ha vencido el miedo, lo único que le resta en la cruz:

Sacudió la cabeza y de pronto recordó dónde se encontraba, quién era y por qué sufría. Apoderóse de él una alegría salvaje e indomable. No, no era cobarde, desertor ni traidor. ¡No! Estaba clavado en la cruz, había sido leal hasta el fin y había cumplido la palabra empeñada. Durante segundos, cuando había gritado Eli, Eli y se había desvanecido, la Tentación se había apoderado de él y lo había extraviado. ¡No eran reales las alegrías, los casamientos ni los niños; no eran reales los viejecitos decrepitos y envilecidos que lo habían tratado de cobarde, de desertor y de traidor. No habían sido más que visiones suscitadas por el Maligno! . . . Sus discípulos viven y prosperan; han tomado los caminos de la tierra y del mar y anuncian la Buena Nueva. ¡Alabado sea Dios, todo ocurrió como debía ocurrir! Lanzó un grito triunfal: ¡Todo está consumado! Y era como si dijera: ¡Todo comienza!

(Final de *La última tentación*.)

Esta libertad de elegir es la que ha hecho posible la última tentación. Si la técnica de Joyce revela en un solo instante el secreto de toda una vida, Kazantzakis hace que Cristo vea desfilar ante sí todas las virtudes de la vida terrestre. Con su muerte, todo comienza.

El libro, insisto, se puede considerar herético; no obstante, a mi modo de ver, es el testimonio de una religiosidad apasionada. Hay algo nietzschiano en este Cristo. Es un Cristo potente, pero . . . no se puede decir que sea la Segunda Persona de la Trinidad. Este Cristo no alcanza la Resurrección.

Toda la obra de Kazantzakis es testimonio de una búsqueda. Luego de sus viajes con Bergson, Buda, Lenin, Ulises, Spengler, Dante y San Francisco, termina con Cristo: Cristo hombre, porque encarna "el ejemplo supremo al hombre que lucha, para mostrarle que no debe temer el sufrimiento, la tentación ni la muerte, porque todo ello puede ser vencido y ya ha sido vencido. Cristo sufrió y luego el sufrimiento quedó santificado; la Tentación luchó hasta el último instante para extraviarlo, y la Tentación fue vencida. Cristo fue crucificado y luego la muerte fue vencida". (Prólogo.)

Conjuntamente con *Cristo nuevamente crucificado*, *La última tentación* fue excomulgado por la Iglesia Ortodoxa Griega. Al comité de la Iglesia Católica que puso su novela en el Índice le envió la siguiente frase de Tertuliano: "*Ad tuum, Domine, tribunal, appello*" (A tu tribunal, Señor, apelo) y añadió: "Le digo lo mismo a la Iglesia Ortodoxa Griega. Para los metropolitanos y Obispos digo: 'Santos Padres, ustedes me han condenado, pero yo les envío mi bendición. Que sus conciencias sean tan puras como la mía, y que sean ustedes tan morales y religiosos como yo'." (Cf. Introducción de Kimon Friar, *The Odyssey*.) Su cuerpo muerto no pudo entrar a la Iglesia de Atenas pero, finalmente, recibió sepultura en su isla de Creta.